



EN LA VÍA DE LA PATERNIDAD

POR ANTONIO ACEVEDO ESCOBEDO

(escritor y periodista)

Estábamos en la creencia de que el territorio del presente libro, de seguro destinado a poblarse con sociólogos, internacionistas y facultativos del Derecho prontos a analizar el pensamiento y la obra de don Isidro Fabela en tales disciplinas, vedaba el paso a cualquier otro género de contribuyentes a este homenaje.

No habíamos hecho bien las cuentas.

Queda el hombre íntegro, cuidadoso de la propia higiene espiritual, defensor de buenas causas, adversario de las medias palabras. Queda el diplomático. Y el literato. Y el académico. Y el amigo.

Sobre cada una de dichas calidades podría pergeñarse largo y corrido; mas si cada colaborador las abordara una a una, la amplitud del volumen consumiría las existencias de papel.

Nosotros, al menos, que pronto hará treinta años nos honramos con su trato, nos veíamos inclinados a escribir algo así. En la seguridad de que otros de los invitados ya lo hicieron, preferimos limitarnos a un bello episodio interior y familiar de la vida de don Isidro.

Los antecedentes son muy escuetos.

Don Isidro se hallaba en Francia con su esposa, la dulce y noble doña Josefina. Se vivían los días atroces de la guerra civil en España. Azares diversos llevaron cerca de nuestro matrimonio a dos pequeños hermanos, huérfanos y andaluces, sobrevivientes de la contienda. Los adoptaron, pues carecían de hijos, y con ambos emprendieron el retorno a México.

El 8 de septiembre de 1951 contrajo matrimonio el mayor de

ellos. La boda se efectuó en Atlacomulco, el suelo natal de quien lo adoptó. I don Isidro, junto con la invitación a la ceremonia, distribuyó entre sus amistades los limitados ejemplares de una *plaque* titulada *Carta a mi hijo Daniel* (32 páginas sin numerar, impresa por el maestro A. Artis), documento de inmaculada tersura humana que deja al descubierto los quilates de hombría de bien y sensibilidad consubstanciales de don Isidro Fabela.

En esa epístola, despojada de cualquier engolamiento o puerilidad, pues el tono es grave y viril, se amonesta con blandísimo ánimo al contrayente respecto a cuanto cumple a un caballero en la coyuntura nupcial. Aparte el lenguaje paterno trascendido de sutiles inflexiones amorosas, parece desprenderse de la carta la elocuencia de un hidalgo de Castilla.

La fe de los varones propectos —y aún varonas epistológrafas— en la eficacia de estos advertimientos prenupciales, deja huella visible en las literaturas antiguas y modernas.

Grecia tuvo su Lord Chesterfield con túnica, Roma su Madame de Sevigné con sandalias. Personajes de esa naturaleza, desde el cielo de su experiencia dejan caer menuda llovizna de consejos, dirigen toques de atención a la prudencia, instalan cátedra presurosa de tacto y cautela. De tal propensión se origina ensayos, tratados y epístolas sobre el bien casar y el mejor convivir, que son modelo de sabiduría. Mas la gente madura suele olvidar cómo los jóvenes arden de impaciencia por consumirse en la llama y cómo tienen entonces mala, pésima memoria para las abstractas conminaciones éticas.

En un sistema familiar tan rígido como el de los aztecas, acaso la fórmula del discurso usual en estos casos haya rendido pleno fruto. ¡Y vaya que se hacía buen consumo de rudeza en las amonestaciones!

Conforme al testimonio de Sahagún, todos los viejos iban a saludar a la novia de parte del mozo y la asaltaban de esta descomulgada manera: “Hija mía... ya sois del número de las mujeres ancianas; ya habéis dejado de ser moza y comenzáis a ser vieja; ahora dejad ya las mocedades y niñerías...” Apenas advertían cómo en el semblante de la muchacha se desbordaba cierta inundación de temores, los muy humanísimos la serenaban con una posdata como ésta: “Habéis de levantaros de noche y barrer la casa, y poner fuego antes que amanezca...”

La suegra del recién casado hablábale al mismo y —¡quién lo dijera!— se mostraba más discreta con él que los ancianos ya dichos con la joven: “Mirad que séais hombre y que no tengáis corazón de niño; no os conviene de aquí en adelante ser mozo travieso... andar en los vicios que andan los mancebos, como es los amancebamientos, y burlerías de mozos y chocarrerías... “En seguida intentaba entusiasmarlo con este añadido de indigentes dotes persuasivas: “Enseñaos a los trabajos y fatigas que habéis de sentir en el corazón y en el cuerpo, durmiendo en los rincones de las casas ajenas, en las portadas de las casas donde no conocéis... a nadie se le viene a casa lo que ha de comer y beber, a nadie se le cae delante lo que ha menester...” (*Versiones del P. Angel María Garibay K.*)

Volvemos a don Isidro Fabela. Otros son los tiempos. Otro el amonestador. Distinta, muy distinta, la índole de las prevenciones que cumplen a un hijo instruido en semejante hogar, entre equilibrados extremos de fortaleza y dulzura.

Un libro como el presente, es, antes que una contienda de juglares dispuestos a ejecutar ante el concurso uno de los juegos donde cada quien considera desempeñarse mejor, una sucesión de evocadas imágenes de la persona a la cual se rinde homenaje, pues se tiende a integrar un retrato que, en lo posible, perdure.

Así, lejos de suponernos reos de indiscreción al desglosar de la *Carta a mi hijo Daniel* —documento de la más ajustada intimidad— algunos pasajes característicos, creemos que ayudamos, aquí, entre los amigos, discípulos y adictos del abogado Fabela, a redondear su contorno humano.

Advierte don Isidro a su hijo, entre otras cosas (y para facilitar la lectura se omiten en lo posible los puntos suspensivos):

“Vas a ser el escultor de la carne y el alma de tus propios hijos.

”Al recibirte en nuestras manos el Señor estuvo con nosotros, pues ya lo dijo el propio Nazareno: ‘El que recibe un niño en Mi nombre, es a Mí al que recibe’.

”Tú has tenido desde pequeño el don celeste de la alegría... (*Tú y tu hermano*) abrieron de par en par, con sus manecitas de niños huérfanos, una puerta que en nuestra vida estaba cerrada y que nos dejó absortos al descubrir el horizonte de la paternidad.

”Cuando tú no me has visto, yo te he contemplado rezar con

profunda devoción arrodillado junto a tu cama, con tus manazas de niño grande cubriéndote el rostro. La primera vez que te vi en esa actitud piadosa me emocioné hasta sentir quebrada la vista por el rocío de mis pupilas.

"La esposa duplica los valores de esa unidad social que se llama el matrimonio. Si es discreta, mantendrá en vigencia constante el culto a la amistad amorosa que es el vínculo más eficaz para prolongar hasta la muerte la confianza y el entendimiento entre los casados. Si es sensata, hablará cuando sea oportuno y callará cuando sea preciso, avalorando en su justo precio el sabio apotegma de que el silencio es oro. Si es inteligente, evitará las discusiones banales, no olvidando que la discusión fácilmente degenera en reyerta, la reyerta en rencor y el rencor en odio.

"Ten siempre presente que, pasados los primeros años de casados, la amistad entre los esposos vale más que el mismo amor.

"Con los años los esposos-amantes se tornan óptimos amigos. Y entonces la comunión entre ellos se dignifica dentro de un estilo señorial que ennoblece y afina su conducta, su verbo, sus sentimientos.

"El hogar es refugio del dolor, de la injusticia y de las derrotas. Has de tu casa una isla de amor y alegría.

(*Elogio de doña Josefina.*) "Ella es la autora de mi paz espiritual; ella mantiene y tonifica en mí la voluntad de existir; cuando no me guía con sus consejos, me alienta con la sabiduría de su corazón; el libro de mi vida lo hemos escrito juntos; si ese libro vale algo, la mitad se debe a ella.

"No quiero que te vayas sin decirte una gran verdad: que en nuestro hogar, que seguirá siendo tu casa, dejas una santa madre y al mejor de tus amigos. Mi amistad paternal no te faltará nunca, sobre todo cuando el dolor te sorprenda y acompañe.

"Siempre hemos sido tú y yo, Daniel, buenos amigos; pero callados. De ahora en adelante lo seremos más, y no silenciosos, sino comunicativos. De esta manera podré ser tu discreto confidente y el más leal y desinteresado de tus consejeros.

"Nuestra responsabilidad de padres está cumplida: te recibimos niño y te entregamos hombre cabal en los brazos de la mujer elegida. Una aurora maravillosa los espera sonriendo. Que los dioses los aparen en su fecundo amor. . ."

En esta llanísima exhortación a la rectitud, al amor y a la

bondad, donde para recargar el acento de lo convincente no se rehuye ni aún el tono coloquial que empléase en nuestra familia mexicana, hallamos un trasunto definitivo del hombre ilustre y bueno para quien convocamos, en el presente aniversario, las palabras de alegría.